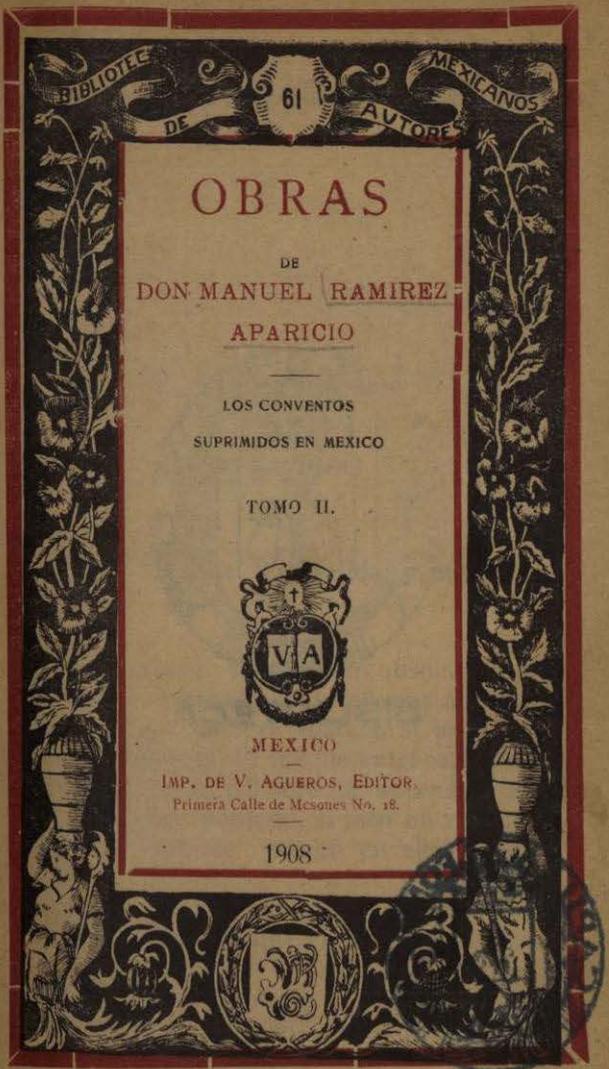


FL



OBRAS

DE

DON MANUEL RAMIREZ

APARICIO

LOS CONVENTOS
SUPRIMIDOS EN MEXICO

TOMO II.



MEXICO

IMP. DE V. AGUEROS, EDITOR.
Primera Calle de Mesones No. 18.

1908

FONDO LITERARIO

35251

ALE
FR
ENDU
Cerrad
H
ME

PQ 72 97

R. 26

V. 2

1908



BIBLIOTECA



FONDO LITERATURA

166001

SAN FRANCISCO

(CONTINUA)

XI.

Fray Luis de Fuensalida, y otros.

I.

Pero ninguno dominó tan absolutamente la lengua azteca, como el venerable religioso cuyo nombre aparece al principio de este capítulo. El fué, de entre sus compañeros, quien primero la aprendió, según tenemos asentado, si bien no hay noticia que hubiese escrito en ella alguna obra.

Sucedió al P. Valencia en la dignidad de custodio; y aunque el Emperador Carlos V le propuso el Obispado de Michoacán, no quiso aceptarlo.

Después de algunos años de residen-

LOS CONVENTOS.—II TÓMO.—1

cia en nuestro país, volvióse á España con ánimo de pasar á la Africa á conquistar otras naciones para el Evangelio; mas no pudo llevar adelante su determinación, por habérselo estorbado San Pedro Alcántara, á la sazón provincial, que conceptuó su presencia más necesaria en la provincia, en la que desempeñó dignamente los cargos de guardián y definidor.

Obtenida la licencia de regresar á México para seguir ayudando á sus hermanos en las apostólicas labores, se puso en camino el año de 1545; pero al llegar á la isla de San Germán, se sintió enfermo y terminó su gloriosa carrera, quedando allí sepultado.

II.

Si el venerable apóstol, cuya vida acabamos de reseñar, no nos dejó ningún escrito que conozcamos, no sucedió otro tanto con Fr. Francisco Jiménez, que fué el primero que compuso gramática y vocabulario de la lengua mexicana, y según se expresa Vetancurt: "una breve doctrina cristiana." Escribió, igualmente, la vida del venerable Fr. Martín de Valencia.

La suya se hizo notable, por la consagración eficaz á las labores de su santo ministerio, especialmente á la predicación, en que descollaba por su fervor y

copia de doctrina. Poseía grandes conocimientos en derecho canónico.

Su mucha humildad le impidió en España ordenarse de sacerdote, y vino á México de corista; pero á instancias de sus Prelados, y atendida la escasez de ministros, se decidió al fin á recibir las órdenes sagradas, y fué el primero que cantó misa nueva en el país.

Ejercitado continuamente en la oración, solía andar ensimismado, y era preciso que alguno de sus hermanos cuidara de que tomase alimento, pues de lo contrario, él no recordaba á veces, si había comido.

Llegaba á tal extremo su enajenamiento, que fijo en su idea se olvidaba no sólo de sí mismo, sino de todo lo que le rodeaba, dando lugar á incidentes curiosos. Sirva de ejemplo el siguiente:

Siendo guardián de Cuernavaca, venía á la capital con Fr. Miguel de las Garrobillas, que adolecía del propio achaque, y aunque ambos caminaban á pie, como era costumbre en todos los frailes de aquel tiempo, traían un caballo cargado con su vitualla. En llegando á cierto paraje, huyeseles la bestia; notan su falta á poco andar; búscanla, pero ninguno de los dos recordaba ni aun el color que ella tenía.

Murió este buen religioso en el convento de México, á 31 de Junio de 1537.

III

Más aventajado que los anteriores como pollgloto fué el P. Fr. Andrés de Olmos, natural del reino de Burgos, cerca de Oña; que por haberse creado en Olmos adoptó el apellido del nombre de este pueblo. Tomó el hábito en el convento de Valladolid, y vino á México con D. Fr. Juan de Zumárraga. Dedicóse con tesón al estudio de lenguas indígenas y llegó en breve á poseer la mexicana, la totocana y la huasteca, de las cuales compuso gramáticas y vocabularios, que no sabemos si se imprimieron, ó dónde se encuentran actualmente los manuscritos, si ya no se han perdido, bien que según dice el cronista antes citado, el "arte, vocabulario, doctrina cristiana y confesonario en lengua huasteca" se conservan hasta su tiempo en Ozolama, pueblo de Tampico.

Compuso, además, en lengua mexicana "tratado de sacramentos, tratado de los sacrilegios, tratado de los siete pecados capitales" y un sermonario. Tradujo del latín en castellano el libro de "Hoeresibus" del P. Fr. Alonso de Castro, y dos epístolas de los Rabinos. El siglo en que floreció era el de los años sacramentales, especie de composición dramática del que son un resto adultera-

do nuestras "pastorelas y coloquios;" y cediendo él á la influencia de la época, compuso el "auto del juicio final," que se representó en la capilla de San José en presencia del virrey Don Antonio de Mendoza y del señor Zumárraga, siendo de mucha edificación para españoles y naturales.

Representaciones de esta especie, abundaron en nuestro país durante aquel período de fe sencilla y devoción apasionada. La mayor parte se desempeñaban por los indios recién convertidos, con una habilidad y destreza, que causaban admiración á los conquistadores y aún á los mismos religiosos, que eran quienes los aleccionaban para ese efecto. Prueba de ello son las entusiastas descripciones que de esos autos, y de la impresión que causaban en los espectadores, nos ha dejado el P. Motolinía en su historia de los Indios, de que hablamos no ha mucho, y que se contraen á los que se presentaron en Tlaxcala con ocasión á varias solemnidades religiosas.

Una de ellas fué la que celebraron los cofrades de Nuestra Señora de la Encarnación en el año de 1559, distinguiéndose en esa vez los naturales por varios rasgos de caridad, repartiendo alimentos á los pobres, pues según parece la cofra-

día estaba instituida con la mira de socorrerlos y sostener un hospital para los enfermos desvalidos. En esta fiesta y para mayor lucimiento, se presentó un auto cerca de la puerta del expresado hospital, cuyo asunto fué la caída de nuestros primeros padres. He aquí como lo describe Motolinía.

Estaba tan adornada la morada de Adán y Eva, que bien parecía paraíso de la tierra, con diversos árboles con frutas y flores, de ellas naturales, y de ellas contrahechas de pluma y oro; en los árboles mucha diversidad de aves desde buho y otras aves de rapiña hasta pajaritos pequeños, y sobre todo, tenían muy muchos papagayos y era tanto el hablar y gritar que tenían, que á veces estorbaba la representación: yo conté en un solo árbol catorce papagayos entre pequeños y grandes.

“Habían también aves contrahechas de oro y pluma, que era cosa muy de mirar. Los conejos y liebres eran tantos, que todo estaba lleno de ellos, y otros muchos animalejos que yo nunca hasta allí los habla visto.

“Estaban dos tecolotes atados, que son bravísimos, que ni son bien gato, ni bien onza; y una vez descuidóse Eva y fué á dar en el uno de ellos, y él de bien

criado desvióse: esto era antes del pecado, que si fuera después, tan en hora buena ella no se hubiera llegado.

“Había otros animales bien contrahechos, metidos dentro unos muchachos; estos andaban domésticos y jugaban y burlaban con ellos Adán y Eva.

“Había cuatro ríos ó fuentes que salían del paraíso, con sus títulos que declan Phison, Gehon, Tigris, Euphrates; y el árbol de la vida en medio del paraíso, y cerca de él el árbol de la ciencia, del bien y del mal, con muchas y muy hermosas frutas contrahechas de oro y pluma.

Estaban en el redondo del paraíso tres peñoles grandes y una sierra grande, todo este lleno de cuanto se puede hallar en una sierra muy fuerte y fresca montaña y todas las particularidades que en Mayo y Abril se pueden hallar, porque en contrahacer una cosa al natural estos indios tienen gracia singular.

“Pues aves no faltaban chicas ni grandes, en especial de los papagayos grandes, que son tan grandes como gallos de España; de estos habla muchos, y dos gallos y una gallina de las monteses, que cierto son las más hermosas aves que yo he visto en parte ninguna; ten-

dría un gallo de aquellos tanta carne como dos pavos de Castilla. A estos gallos les sale del papo una guejeja de cerdas de caballo, y de algunos gallos viejos son más largas que un palmo; de estas hacen hisopos, y duran mucho.

“Habla en estos peñoles animales naturales y contrahechos. En uno de los contrahechos estaba un muchacho vestido como león, y estaba desgarrando y comiendo un venado que tenía muerto; el venado era verdadero y estaba en un risco que se hacía entre unas peñas, y fué cosa muy notada.

“Llegada la procesión comenzóse luego el auto; tardóse en él gran rato, porque antes que Eva comiese ni Adán sintiese, fué y vino Eva de la serpiente, á su marido y de su marido á la serpiente, tres ó cuatro veces, siempre Adán resistiendo, y como indignado alanzaba de sí á Eva; ella rogándole y molestándole decía, que bien parecía el poco amor que le tenía, y que más le amaba ella á él que no él á ella, y echándole en su regazo tanto le importunó, que fué con ella al árbol vedado, y Eva en presencia de Adán comió y dióle á él también que comiese, y en comiendo luego conocieron el mal que habían hecho, y aunque

ellos se escondían cuanto podían, no pudieron hacer tanto que Dios no los viese, y vino con gran majestad acompañado de muchos ángeles y después que hubo llamado á Adán, él se escusó con su mujer, y ella echó la culpa á la serpiente, maldiciéndolos Dios y dando á cada uno su penitencia.

“Trajeron los ángeles dos vestiduras bien contrahechas, como de vestiduras de animales, y vistieron á Adán y á Eva. Lo que más fué de notar, fué el verlos salir desterrados y llorando: llevaban á Adán tres ángeles y á Eva otros tres, é iban cantando en canto de órgano, “circumdederum me.” Esto fué tan bien representado, que nadie lo vió que no llorase muy recio; quedó un querubín guardando la puerta del paraiso con su espada en la mano. Luego allí estaba el mundo, otra tierra cierto bien diferente de la que dejaban, porque estaba llena de cardos, y de espinas, muchas culebras; también había conejos y liebres.

“Llegados allí los recién moradores del mundo, los ángeles mostraron á Adán cómo habla de labrar y cultivar la tierra, y á Eva diéronle husos para hilar y hacer ropa para su marido é hijos y con

solando á los que quedaban muy desconsolados, se fueron cantando por deshechas (por último) en canto de órgano un villancico que decla:

“Para qué comió
La primer casada,
Para qué comió
La fruta vedada.

“La primer casada
Ella y su marido,
A Dios han traído
En pobre posada
Por haber comido
La fruta vedada.

“Este auto fué representado por los indios en su propia lengua, y así muchos de ellos tuvieron lágrimas y mucho sentimiento, en especial cuando Adán fué desterrado y puesto en el mundo.”

Ved ahí cómo nuestros misioneros no perdonaban medio alguno para mejor inculcar los dogmas cristianos en el entendimiento de los neófitos. No contentos con el recurso común de la predicación; poco satisfechos de las explicaciones doctrinales del catecismo echaban mano de símbolos y animadas figuras, invocando el auxilio de la imaginación, y aún pe-

dían á las musas, para revestir su enseñanza, las galas del arte y las flores de la poesía.

“Mas no perdamos de vista al P. Olmos.

Preparado con el conocimiento de algunas de las lenguas indígenas, como se prepara el guerrero con sus armas para el combate, empuñando una cruz y ardiendo en celo por la conversión de las almas, salió de México á recorrer, como lo hizo, las provincias más remotas del territorio nacional. Sin más compañía que su fe en Dios, y sin otro móvil ni sostén que su amor al hombre, atraviesa todo el país comprendido desde Hueytlalpan hasta las sierras de Tuzapan, bregando contra la aspereza y desigualdad del suelo, y molestado por el calor y los mosquitos que le maltraron el rostro hasta el extremo de parecer leproso.

A su paso enseñaba y bautizaba copiosamente, derramando al mismo tiempo en los corazones todos los consuelos del cristianismo.

No se detiene.

Emprende su viaje á Pánuco y Tampico: llega hasta el país de los chichimecas bravos, nuestros actuales bárbaros de la frontera del norte, y dispuesto á

hablar en nombre de Dios, desplega los labios, siendo suficientes la magia de su palabra insinuante para que aquellas tribus feroces depongan la actitud hostil, renuncien á la vida errante y se junten á formar poblado.

Á él se debe la civilización de Tamaulipas.

Refiere la crónica que muchas veces intentaron los salvajes matarle, disparándole flechas, y que las que le tiraban se volvían contra ellos con la misma furia; que en cierta ocasión pusieron fuego á la choza pajiza donde se albergaba, pero que la acción de las llamas fué imponente para destruirla, y que con tales maravillas cobraron tanto respeto los bárbaros, que de cuarenta y más leguas venían á escuchar la voz del Evangelio y á recibir el bautismo. Agrega después, que muerto ya nuestro religioso, en encontrando aquellos á cualquier fraile de San Francisco, dejaban arco y flechas al instante y se venían de rodillas hasta él diciendo:—Andrés, Andrés.—con lo cual significaban que por el P. Olmos era la estimación que de él hacían.

Mas ¿á qué recurrir á portentos para dar prestigio á un héroe cuando los hechos de su vida real son más admirables? ¿Lo bueno y lo grande en el orden de

la naturaleza son menos asombrosos por ser naturales? ¿Es tan común la virtud que para ponerla en la categoría que le corresponde sea menester adornarla con la aureola de los milagros? Bastante se ensalza y se hace respetar por sí misma.

No, no hay necesidad de trastornar las leyes de la naturaleza para darse cuenta de esa benéfica revolución que la palabra y el ejemplo del venerable apóstol efectuaron en las costumbres y hasta en la índole de los salvajes.

Esa sumisión, ese acatamiento á la voz de los ministros de paz que fueron los inmediatos triunfos del apostolado en aquellos tiempos, se venían también al presente si hubiera eclesiásticos bastante animosos, bastante penetrados del espíritu evangélico, que renunciando á la comunidad y holganza de las ciudades, se decidiesen á calzar las sandalias y empuñar el báculo del misionero, y asimismo—preciso es hacer justicia á todos—si hubiéramos tenido un gobierno bastante ilustrado para comprender, con las páginas de nuestra historia á la vista, todo el bien que hicieron en otro tiempo las misiones en la frontera del norte, y todo el que podían hacer hasta hoy. Nuestra constitución política, que dis-

pensa protección á todos los cultos, no verla con desdén, hay más, verla con cariño el restablecimiento de aquellas pacíficas colonias de indígenas reducidos á la vida civil por un discípulo de Jesús, y presididos por él con entera sujeción á las leyes: en lugar de tribus bárbaras, plaga social, terrible amenaza á la tranquilidad de los establecimientos agrícolas y á las poblaciones todas de aquella parte del territorio, tendríamos aldeas civilizadas y aun tal vez ciudades opulentas, que serían la gloria de la nación: ¿no fué este el origen de San Luis Potosí y de Monterrey, fundadas la primera por Fr. Diego de la Magdalena, y por Fr. Diego de León la segunda?

¿Y quién duda que los bárbaros recibían hoy á los misioneros con el mismo amor y con la misma veneración que en otro tiempo? ¿Es grande, es terrible el encono de sus pasiones por la impolítica guerra que se les ha hecho? Pero todo lo contrasta la caridad, y el hijo del Evangelio lleva siempre consigo un talismán misterioso que le concilia todas las voluntades y le allana todos los caminos.

Hay un honroso ejemplo.

Tenemos noticia de que el actual obispo de Durango, cumpliendo con un de-

ber que imponen los cánones y que descuidan algunos otros diocesanos, hace anualmente ó cada dos años la visita de su obispado, que es bien extenso. Jamás figura en su comitiva una escolta; y con todo, atraviesa ileso aquellas inmensas y despobladas regiones, teatro de las depredaciones de los salvajes, por donde apenas se atreven á pasar ejércitos. No sólo, sino que los desalmados guerreros que habitan en torno de sus víctimas, que se divierten arrancando la cabellera á las mujeres, y lanzando al aire el cuerpo de los niños para recibirlo en la punta de la lanza, desarmados á la voz del pastor ilustre, doblan ante él la rodilla y le reciben en el desierto ó en sus aduares con tanto entusiasmo como si fuera una deidad bienhechora.

Hechos como este hablan muy alto.

Dígase lo que se quiera, el hombre es el mismo en todas partes, en todos tiempos y en todas condiciones; y por ínfimo que sea el punto que ocupe en la escala social, á ciertas armas opone siempre las mismas resistencias, y á tales otras se doblega indefectiblemente. Poco alcanza la fuerza y mucho la persuasión y la benevolencia.

IV

Algo tenemos aún que decir del P. Olmos.

De regreso en México, con objeto de recobrar la salud harto deteriorada por sus incesantes trabajos en el curso de las misiones, tuvo que salir á poco tiempo para ir á sofocar un levantamiento acaecido entre los chichimecas. Púsose en camino enfermo como estaba: llega á las serranías donde se hablan fortificado los sublevados: predícales, manifiéstales las inapreciables ventajas de la paz y de la vida regular consagrada al trabajo: recuérdales las dulzuras que acompañan al cumplimiento de los deberes sociales, y en breve tuvo la satisfacción de observar que sus pasos no hablan sido en balde, volviendo los naturales al estado tranquilo en que los dejara, y coronando de esta manera la obra que hablan emprendido.

Después de ese suceso, ya no pensó en volverse á la capital, y se quedó en Tampico.

Llegóse entre tanto el tiempo en que como buen obrero en la viña del Señor, descansara, recibiendo el merecido salario. "Fatigado de una apostema (dice

Vetancurt) llamó á la gente del pueblo, y en agradecimiento del hospedaje repartió un rosario que traía, unas cuentas benditas, unas disciplinas y un silicio, que eran las ricas alhajas que le acompañaban: y diciendo el credo dió su espíritu al Señor."

He aquí un buen modo que debieran imitar todos los que se dedican á la carrera del apostolado; he aquí una vida perfectamente ajustada á los preceptos del divino código de Jesús: nada para sí y todo para sus hermanos; llama siempre activa que se alimenta con la caridad.

V

Para completar, en cuanto es dable, el cuadro de los hijos de San Francisco que dedicaron su talento á las letras durante los primeros años que siguieron á su establecimiento en el país, permítasenos agrupar todavía algunas figuras: cada cual mostrará en la mano las obras debidas á su pluma.

Comenzaremos por el P. Fr. García de Cisneros, uno de los doce fundadores, como tenemos dicho. Era de prendas tan grandes y relevantes, que entre aquellos primitivos religiosos fué escogido para

primer provincial el año de 1536 con unánime consentimiento de todos: en su tiempo se fundó el colegio de Santa Cruz de Tlaltelolco, y él dió á Fr. Toribio de Benavente la traza según la cual hubo de edificarse la ciudad de Puebla. No contento con la predicación propiamente tal, escribía sus sermones en mexicano, los cuales daba á los naturales para que los leyesen al pueblo. Ignoramos si hayan pasado hasta nuestros días. Murió en México en el año de 1537.

Fr. Alonso Rangel.—Compuso gramáticas de las lenguas mexicana y otomí, y en esta última, además un tratado de la doctrina cristiana. Pasó á México el año de 1529. Fué el primero que predicó en los distritos de Tula y Jilotepec, ocasionándole su empeño en la propagación de la santa doctrina, tenaces persecuciones de parte de los sacerdotes idólatras que más de una vez intentaron asesinarle. Desempeñó el cargo de guardián de muchos conventos, entre otros, del de Tula, cuya iglesia empezó á fabricar, si bien la prosiguió y acabó Fr. Antonio de San Juan. Electo provincial el año de 1546, y emprendiendo poco después viaje para asistir al capítulo general de Asís, que se celebraba en 1547, se perdió el buque en que navegaba y murió en el mar.

Fr. Maturino Gilberti, francés.—Vino á México con el P. Testera, y se aventajó á sus compañeros en el conocimiento de la lengua tarasca. Imprimió un escrito en la misma, con el título de Tesoro Espiritual. Fué un gran latino y esc ilió para los gramáticos de Tlaltelolco un arte de este idioma, que se imprimió en México el año de 1559, en la tipografía de Antonio de Espinosa, cuya obra tuvo en su poder y apreció mucho don Carlos de Sigüenza.

Fr. Juan Bautista de Lagunas, provincial que fué de Michoacán, escribió también en lengua tarasca gramática y doctrina cristiana. Fué natural de México.

El Ilmo. señor D. Fr. Francisco del Toral, primer Obispo de Yucatán, fué el que supo antes que ningún otro religioso la lengua popoloca, de Tecamachalco, en la que compuso gramática, vocabulario y algunas otras obras doctrinales. Aprendió también el mexicano y fué muy perito en ese idioma.

El venerable Padre Fr. Andrés de Castro, predicaba con mucha soltura en lengua batalzinca, y compuso en ella sermones, gramática y vocabulario. El matalzinca se habla en el valle de Toluca. Acerca de este religioso nos da Vetancurt los apuntes siguientes:

“Administró con tanto fervor, que los

domingos y días festivos, predicaba tres sermones al día, á los españoles, mexicanos y matalzincas: salía á los montes á reducir y convertir infieles; fué grande el número que catequizó y bautizó con tezón, que se le pasaba el día bautizando los niños, y confesando al sol y al aire, con un jarro de agua que bebía; todo el tiempo que cobraba ocupaba en el oficio divino y en la oración mental, en que fué muy ferviente; su abstinencia fué singular, porque comía muy poco, una vez en veinte y cuatro horas. Fué estimado de los naturales, que aunque les reprendía los vicios con severidad, era con ellos apacible: algunas veces intentó dejar los matalzincas y pasar á los mexicanos, diciéndoles que no había de volver á verlos hasta que se enmendasen de sus vicios; pero le salían al camino, unos llorando y otros abrazándose con él, y otros le volvían al convento en hombros."

Fuera nunca acabar el presente catálogo, si continuásemos la enumeración de todos los religiosos que enriquecieron la literatura nacional con sus escritos, especialmente de los que se dedicaron al estudio de las lenguas indígenas. Con todo, no podemos concluir sin hablar del padre Fr. Alonso de Molina, que sobresalió tanto en el conocimiento del mexicano, que su ciencia en esta parte fué repu-

tada infusa. Este es el niño Alonso de quien hicimos mención como de uno de los que más contribuyeron á la propagación del cristianismo por la eficaz ayuda que dió á los primeros varones apostólicos. El citado cronista asegura que el P. Molina fué el primero que compuso vocabulario de la lengua mexicana, que hasta hoy sirve. Compuso además toda la doctrina cristiana, confesonarios y otras muchas obras que dieron luz á los ministros evangélicos.

De los padres Sahagun y Torquemada, célebres historiadores á quienes tanto deben las letras, hablaremos cuando tratemos del colegio de Tlaltelolco.

Varias veces hemos mencionado al P. Fr. Juan de Zumárraga, y justo es que no terminemos la relación de las vidas de nuestros primeros misioneros, sin que fijemos en él una mirada. Lo haremos en el siguiente capítulo.

XII

El primer Arzobispo de México

Recién establecido el cristianismo en el país, hubo un fraile venido de España en 1,528 con el título de Obispo electo y protector de los indios, que tres años después dirigía al capítulo general de su religión, celebrado en Tolosa, una carta del tenor siguiente:

“Muy RR.PP.: sabed que andamos muy ocupados con grandes y continuos trabajos, en la conversión de los infieles, de los cuales, (por la gracia de Dios), por manos de nuestros religiosos de la orden de nuestro seráfico P. S. Francisco, de la regular observancia, se han bautizado más de un millón de personas, quinientos templos de ídolos derribados por tierra, y más de veinte mil figuras de demonios que adoraban, han sido hechas pedazos y quemadas. En muchos lugares están edificadas iglesias y oratorios, y en muchas partes levantadas en alto y adoradas de los indios las armas resplandecientes de la santa cruz. Y lo que pone admiración es, que antiguamente en su infidelidad, tenían por costumbre en esta ciudad de México, cada año sacrificar á sus ídolos más de veinte mil corazones humanos, y ahora no á los demonios, más á Dios, son ofrecidos, con innumerables sacrifi-

cios de alabanza, mediante la doctrina y buen ejemplo de nuestros religiosos; por lo cual al mismo solo Dios se honra, y gloria, el cual es adorado, con reverencia en aquellos lugares, por los niños, hijos de estos naturales. Hacen muchos de éstos, algunos ayunos, disciplinas, y continuas oraciones, derramando lágrimas, y dando muchos suspiros. Muchos de estos niños, y otros mayores, saben bien leer, escribir y contar, y hacer punto de canto. Confíensanse á menudo, y reciben con mucha devoción al Santísimo Sacramento del Altar, y con grande alegría predicán la palabra de Dios á sus padres, industriados para ello de los religiosos. Levántanse á media noche á maitines, y dicen el oficio entero de Nuestra Señora. á quien tiene muy particular devoción. Acechan, con mucho cuidado, adonde tienen sus padres escondidos los ídolos, y se los hurtan, y con fidelidad los traen á nuestros religiosos; por lo cual algunos han sido muertos inhumanamente por sus propios padres, ó más bien coronados en la gloria con Cristo. Cada convento de los nuestros, tiene otra casa junto para enseñar en ella á los niños, donde hay escuela, dormitorio, refectorio, y una devota capilla. Son estos niños muy humildes y obedientes á los religiosos, y aman los más que á sus padres, y tratan verdad

con ellos. Son castos y muy ingeniosos, especialmente en el arte de la pintura, y han alcanzado buena ánima con Dios: bendito sea él por todo. Entre los frailes más aprovechados en la lengua de los naturales, hay uno particular, llamado Fr. Pedro de Gante, lego. Tiene diligentísimo cuidado de más de seiscientos niños. Y cierto, él es un principal paraninfo, que industria los mozos y mozas que se han de casar en las cosas de nuestra fe cristiana, y cómo se han de haber en el santo matrimonio; é industriados los hace casar en los días de fiesta con mucha solemnidad. Para la manutención y doctrina de las mozas, envió de España la Serenísima Emperatriz Da. Isabel seis mujeres honradas, castellanas, avisadas y prudentes; y mandó, por sus cédulas, que se hiciese una casa, tan grande y cumplida, que las mismas mujeres recogidas, viviendo debajo del amparo y favor del Obispo, pudiesen tener y enseñar mil doncellas que viviesen honestamente. Y así, por una admirable manera, se convierten á la santa fe católica los indios; y las doncellas aprenden los primeros rudimentos de la fe, de las mujeres honradas; y los indios, de varones religiosos. Después, ellos y ellas enseñan á sus padres gentiles lo que aprendieron: por lo cual parece haber dicho de ellos

el profeta David: De la boca de los niños y de los que aún maman, hiciste, Señor, perfecta tu alabanza. Cristo sea salud de vuestras reverencias, á quien suplico yo humildemente rueguen, que lo que él ha comenzado, por su clemencia lo acabe. De México, 12 de Junio de 1531 años."

El religioso que en las líneas precedentes trazó el cuadro más acabado de sus apostólicas tareas, era el venerable Fr. Juan de Zumárraga, primer Arzobispo de México.

Vése asimismo en esa pintura representado fielmente su carácter, tal como era, tal como conviene que el mundo le conozca, y aprecie, y no como le desfiguran plumas apasionadas ó aturdidas, á quienes copian otras servilmente por no tener el trabajo de prepararse á juzgar con alguna dosis de crítica. La cualidad que en él resalta, es el ardiente celo por la conversión de las almas al cristianismo: cualidad que se pondrá en su punto por medio de una suscita relación de la vida del héroe.

Fué ese natural de la villa de Durango en Vizcaya, aunque no falta quien diga que lo fué de la de Zumárraga. Tomó el hábito de San Francisco en el convento de Aranzazu de la provincia de Canta-

bria, y ya profeso vivió allí algunos años causando á todos admiración y respeto por sus raras virtudes.

Después de haber sido guardián del convento de Avila, y en seguida definidor y provincial, nos le encontramos presidiendo la comunidad del monasterio de Abrojo, cerca de Valladolid, en donde á los grandes méritos antes conquistados por su santidad, añadió una acción distinguida que le hizo célebre en su tiempo, y cuya memoria ha pasado á la posteridad. Fué la siguiente:

El Emperador Carlos V., como todos los hombres de su temple, era aficionado al retiro. Un día llamó á las puertas del expresado convento con ánimo de pasar en el claustro la semana santa. Recibido y agasajado por los cenobitas, como le fué dable, quiso él á su vez pagarles de alguna manera la hospitalidad, á cuyo fin dió orden para que se les ministrase una suma en clase de limosna con que pudiesen tener en esos días una comida regalada. ¿Qué hace el venerable Zumárraga? Admite la limosna, pero en vez de destinarla á la comunidad, la distribuye íntegra entre los menesterosos del lugar, no reservando para sí más que la satisfacción de haberlo ejecutado—¡Cómo! dijo á sus hermanos: mientras S. M.

se retira en este santo tiempo de ayuno por abstinencia á los religiosos se les ha de permitir regalo!—Ved ahí al fraile.

Prendado Carlos V. de tan bello carácter, estando México conquistado poco tiempo hacía, presenta á Fr. Juan á la silla apostólica para primer obispo del nuevo reino. Opone resistencia el apóstol á aceptar la dignidad que se le ofrece; pero al fin tiene que ceder ante la firme voluntad del monarca, y antes de consagrarse viene á nuestro país en la clase y con el honroso título que dijimos al principio.

Hallábase México á la sazón devorado por la guerra civil. Pesaba sobre la ciudad el yugo de los ambiciosos que habían quedado gobernando en ausencia de Cortés, el cual aún no regresaba de la funesta expedición á Hibueras. Ya hemos presentado el cuadro de esos desórdenes ante los cuales se pierden de vista los que han turbado la paz de la nación después de su gloriosa independencia; porque si en nuestros días se ha derramado la sangre de hermanos en el campo de batalla, no tenemos todavía, por fortuna ejemplares de las crueldades, de las bajezas y de las villanías que entonces se cometieron en una sola población para apoderarse del gobierno.

La conducta del venerable pastor fué en esa vez toda de paz y conciliación, hasta que los excesos de la tiranía le obligaron á usar de rigor con los déspotas. Limitado al principio el señor Zumárraga, á cubrir con su sagrado manto á todas las víctimas, dispensando igual protección á indios y españoles, para quienes dispuso un asilo en el convento de San Francisco, valióse después de las más terribles armas de la iglesia contra los que trataban de burlar ese amparo, extrajeron del convento á los retráldos.

Pero esta misma entereza, esta misma energía le acarrearón la enemistad de los hombres á quienes hacía frente de una manera tan digna: mandan estos á la corte los informes más desfavorables tanto respecto de la persona del obispo como de los franciscanos, en que calumnian á unos y á otros; impiden que las cartas y memoriales de los acusados pasen á España; y con tal medida acaso habrían triunfado, si la industria de un marinero vizcaino no hubiera discurrido sacar al mar dentro de una boya embreada una carta del venerable apóstol y de allí conducirla secretamente hasta ponerla en manos de la emperatriz.

“Aquella carta, (dice el señor Dávila) produjo todo su efecto, volviendo la

tranquilidad á la República con la remoción del Gobernador y oidores que se habían abrogado el poder, haciéndoseles embarcar de órden de la emperatriz gobernadora para España, á dar cuenta de su irregular conducta. Pasó igualmente á la misma Península el venerable Zumárraga para consagrarse de Obispo el año de 1532, siendo un nuevo objeto de edificación el ver la pobreza con que llegó á su patria, volviendo de una tierra de la que todos regresaban ricos. Los dos años que permaneció en España, se ocupó con el mayor empeño en defender con el mayor valor apostólico la libertad de los indios, y sacarlos de aquella miseria y vejaciones que sufrían de los encomenderos. Ya desde el año de 1530 se habla expedido la primera real provisión para que fuesen manumitidos los indios esclavos; á consecuencia de las muchas y vigorosas representaciones del memorable Obispo de Chiapas, Don Fr. Bartolomé de las Casas y otros varones religiosos; pero prosiguiendo los abusos no habla tenido mayor cumplimiento. Nuestro prelado lo representó á la Emperatriz, y consiguió otra nueva orden con el mismo objeto, comisionándole expresamente para que velase sobre su observancia, renovándosele el título que anteriormente se le

había dado de preceptor de los indios. Igualmente y en la misma cédula se le facultó para que representase ante el gobierno de México á fin de que se moderasen los tributos que tanto al rey como á los encomenderos pagaban los indios, de oro, plata, piedras preciosas, plumas y mantas ricas y que no fuesen vejados con el trabajo de los suntuosos edificios que fabricaban para los españoles. Y no pudo darse la comisión á persona más á propósito y que más amara á los indios: al venerable Zumárraga se debió la primera reducción de estos onerosísimos tributos, que en los siglos siguientes llegaron á una cantidad insignificante por cabeza; así como se le debió también la escensión del trabajo de las minas, de la siembra de caña y de otros penosísimos con que los neófitos eran oprimidos por los encomenderos.

“Habiendo regresado á la Nueva España en 1534, con una escogida y copiosa misión de religiosos de su orden fué reducido en México con sumo honor de parte de los conquistadores, y mucha mayor alegría de la de los indios, que lo amaban cordialmente. Desde luego comenzó á aliviar su suerte corporal, consiguiendo, si no todas las ventajas que quería y para las que venía comisionado,

cuantas le fué posible á favor de sus amados indios, en aquella época tan difícil y comprometida para los ministros del Evangelio que tenían que chocar de frente con hombres ambiciosos, soberbios y en lo general de desarregladas costumbres. Pero considerando que su misión, más bien que de auxiliar las necesidades corporales era la de convertir las almas de que habría sido nombrado pastor, con mayor empeño se dedicó á instruir á los indios en sus deberes de cristianos y de arrancar de sus corazones los vicios y supersticiones de la idolatría; y al efecto, él mismo tomó á su cargo este cuidado, sin desatender por esto los demás oficios públicos de su cargo pastoral. En la Catedral, recién edificada señaló un lugar donde tenía púlpito y altar para decir misa y predicar diariamente á los indios, negros y demás gente de servicio de los españoles: su enseñanza no era solo en común y dirigiéndose á todos, sino que con un celo verdaderamente apostólico y paternal, á cada uno iba enseñando perfectamente la doctrina cristiana, les explicaba los misterios, les hacía las preguntas necesarias y los examinaba con mayor atención que si fuera un simple maestro de escuela.

Además de los servicios que van enu-

merados, la humanidad debe al Sr. Zumárraga, otro no menos importante, como fué el establecimiento de varias casas de beneficencia, entre otras, un hospital en Veracruz y otro en esta ciudad, conocido primitivamente con el nombre de San Cosme y S. Damián, y después con el del Amor de Dios, el cual estaba destinado á los que padecían enfermedades venéreas y ocupaba el mismo lugar donde hoy está la Academia de Bellas Artes. Toda la renta del obispado no pasaba por sus manos sino para ir á la de los pobres, y se refiere con este motivo, que no teniendo una vez que dar á un indio que le pidió limosna, le dió el paño con que se limpiaba el rostro.—Ved ahí al obispo.

Después de lo dicho, no parecerá exagerado lo que asentamos en orden á su carácter, señalando en él, como la cualidad de más bulto, el ardiente celo por la conversión de las almas al Evangelio. Pero este mismo celo es el que, considerado por sus detractores como un fanatismo absurdo, ha dado origen á un hecho memorable que se cita en su contra para guardarle de bárbaro: Zumárraga mandó reducir á cenizas un cúmulo de manuscritos aztecas en la plaza de Tlaltelolco ó en la de Texcoco, según otros

opinan, aniquilando de esa suerte quizá los monumentos más preciosos de la historia, de la poesía y de la literatura indígenas. Es cierto el hecho; y si no nos equivocamos, el mismo religioso alude á él en esta expresión que forma parte del expresado documento: “y más de veinte mil figuras de demonios que adoraban (los indios) han sido hechas pedazos y quemadas.” Pero comprenda él todo el alcance, toda la trascendencia de su acción?

Hablando de ella el señor Prescott, se expresa en estos términos:

“El primer Arzobispo de México, Don Juan de Zumárraga, cuyo nombre será tan inmortal como el de Omar, reunió las pinturas de todos los lugares, especialmente de Texcoco, la capital más culta de Anáhuac, y el gran depósito de los archivos nacionales; mandó apilarlas haciendo un monte, según lo llaman los mismos escritores españoles, en la plaza del mercado de Tlaltelolco, y luego fueron reducidas á cenizas. Su más célebre compatriota, el Arzobispo Jiménez, habla celebrado un auto de fe semejante con los manuscritos árabes en Granada unos veinte años antes. Jamás había conseguido el fanatismo un triunfo más señalado que el de la des-

trucción de tantos documentos curiosos del ingenio é instrucción humana.

Comprendemos bien que un escrito de las prendas del célebre historiador americano, rara vez deja pasar una coyuntura como ésta, sin asestar un epigrama; pero de aquí á rendir á la verdad en todo caso el homenaje que merece, hay una enorme distancia. ¿Qué punto de comparación ofrece, bien mirado, el hecho de Zumárraga con el del Califa sucesor de Mahoma?

“Si estos libros dicen lo mismo que el de Alcovan, son inútiles; y si lo contrario, perjudiciales.”

Tales fueron, según se refiere, las palabras que dijo Omar al mandar quemar la biblioteca de Alejandría; palabras que revelan toda la fatuidad de un exclusivismo intolerante y desmedido; palabras nacidas de una inteligencia encastillada en una sola idea, fuera de la cual no concibe nada bueno ni útil.

No era esta la verdad de la creencia del venerable obispo, porque de lo contrario era menester suponer que no juzgaba bueno ningún libro, sino el Evangelio.

No, la falta de instrucción fué lo que le indujo á obrar de esta manera. Recuérdese que España en el siglo décimo-

sexto, si bien sobresalió en poesía, se hallaba en un atraso lamentable respecto de los otros ramos del humano saber, no cultivando con buen éxito en punto á ciencias más que las teológicas.

¿Cómo podía, pues, el señor Zumárraga dar á los manuscritos de que se trata toda la importancia que en sí tenían?

De ninguna manera.

Pero si veía en ellos un obstáculo y no pequeño, para que los aztecas viesesen á la fe cristiana, y para que se afirmasen más en ella los neófitos. Tal era la creencia común, y así lo asienta el mismo Prescott cuando dice: “que los caracteres extraños y desconocidos, inscriptos en aquellos (los manuscritos) excitaban sospechas; porque eran vistos como escrituras magníficas y á la misma luz que los ídolos y templos como los símbolos de una superstición pestilente que debía extirparse.”

Pues bien: el Obispo de México quiso remover un obstáculo, quitar un peligro, y eso es todo; se hizo el instrumento de una necesidad que los demás comprendían como imperiosa, y la prueba de ello es, que nadie condenó aquella acción como un atentado, y antes bien, parece haber sido reputado muy natural y edificante; en una palabra, se do-

llegó á la influencia del tiempo y las circunstancias y á la más poderosa todavía de la opinión autorizada; y cierto, nadie, sino el númen goza el privilegio de ser superior al siglo en que vive.

Depurado este hecho, terminemos la relación de la vida de nuestro fraile.

Fiel observante como obispo de la ley de pobreza evangélica, tanto cuanto eran otros aficionados á atesorar riquezas para sostener un boato escandaloso, vivió siempre como simple fraile, mostrándolo así en el menaje, en el vestido y en la comida. Llegó en este punto á tal extremo su escrupulosidad, "que por haberle dicho cierta vez, con motivo de unas pobres colgaduras, que se hablan puesto en la sala de recibir de palacio, que ya era obispo y no fraile, se conmovió tanto, que al momento comenzó el mismo á quitar aquel adorno, diciendo con lágrimas á sus familiares:—Dícenme que ya no soy fraile sino obispo: pues yo más quiero ser fraile que obispo.

Acreditó este deseo renunciando varias veces el obispado y aún abandonando el puesto, como lo hizo cuando en compañía del padre Valencia y de Fr. Domingo de Betanzos, dispuso pasar á

China á predicar la doctrina de Jesús, como simple misionero.

Pero Dios le tenía destinado no sólo para esa alta dignidad, sino para la de primer Arzobispo de México, pues que estando ya establecidas las diócesis de Puebla, Guatemala, Oaxaca, Michoacán y Yucatán, el sumo Pontífice Paulo III le envió en 1545 el sagrado palio para sí y para sus sucesores. Con todo, no llegó á tomarlo. Rehusando aceptar el arzobispado, y para librarse de los ruegos de los que querían obligarle á doblar el cuello á esta nueva carga, se retiró al pueblo de Tepetlaoztoc donde á la sazón moraba su íntimo amigo, el venerable Betanzos. El cansancio del camino, su avanzada edad, que pasaba ya de ochenta años, así como la fatiga consiguiente á una tarea tan pesada como la de haber confirmado en el pueblo en cuatro días catorce mil quinientos naturales, quebrantaron su salud de tal manera, que ya sólo pensó en disponerse para morir. Agrávase su enfermedad; vuelve á México conducido por los religiosos sus hermanos, que deseaban atenderle con más esmero: pero todo es inútil, y expira en los brazos del venerable Fr. Domingo de Betanzos en la mañana del domingo des-

pués de la fiesta de Corpus, el año de 1548.

Poco antes de morir, manifestó deseo de que su cadáver fuera sepultado en el convento de su orden; pero el virrey y la audiencia dispusieron que lo fuese en la Catedral, y así se verificó con acompañamiento de personas de todas clases, y muy particularmente de los indios, que con la muerte del varón ilustre perdían á la persona que mejor desempeñara los oficios de padre, protector y maestro.

XIII.

Misiones.

La religión de San Francisco fué una planta que se aclimató en nuestro suelo y extendió en breve su benéfica sombra hasta los confines del territorio nacional; planta robusta y magnífica que tenía la raíz en México y las ramas dilatadas hasta los pueblos más extraños y bárbaros.

Ya con motivo de los viajes apostólicos del padre Olmos indicamos algunos de los servicios que prestó la orden

seráfica en pro de la causa de la civilización de nuestra frontera septentrional; ya vimos cómo varias poblaciones de las más importantes de aquellos distritos son los monumentos que acreditan gloriosamente el paso de los primeros misioneros por unas regiones donde no se atrevían á poner la planta las huestes de Cortés; y cuando se reflexiona que estos hechos tenían verificativo aun antes de que expirase el siglo décimosexto, no puede menos el corazón de interesarse y aplaudir el celo que los dictaba, como se encariña con la memoria del bien pasado y que no volverá jamás.

Reunir metódicamente estos hechos, considerarlos en todas sus relaciones, determinar su influencia y resultados, deducir por ellos el espíritu de la época, en una palabra, estudiarlos profundamente, sería emprender una labor para cuyo desempeño no bastarían algunos volúmenes; sería tanto como formar una historia, y lejos está de ser esa nuestra intención.

Pero sí entra en el plan de este libro seguir á los religiosos en algunas de aquellas santas peregrinaciones que tenían por objeto sacar de la barbarie á pueblos enteros y á veces tribus numerosas, que bien merecían escuchar la pa-